

razón de Jesús se manifestase iluminando la tierra como faro de salvación, y haciendo renacer las esperanzas casi perdidas de los fieles. ¿No fué grande la defección en tiempo del cisma de Inglaterra y de la herejía protestante? ¿Cómo, pues, en medio de tanta ingratitude y de tantas caídas, no esparció sus rayos el Corazón de Nuestro Redentor, ni nos mandó honrarlo cual ahora con especial culto, y hacerlo nuestra bandera y nuestra guía?

¡Ah Hijos míos! A muy tristes comentarios se presta la consideración que acabo de sugeriros. Grande y de nuevo género debe ser la apostasía moderna, para que Jesucristo haya hecho oír tan alto sus amorosas quejas, y lamentándose de nuestra ingratitude, en contraposición con su amor infinito. Algo que no se ha visto, por lo menos en tanta escala, en las demás herejías y defecciones, ha de haber en la inmensa apostasía de nuestros tiempos. Algún mal terrible, extraordinario, mortífero, nos aqueja sin duda, para que haya hecho necesario un remedio tan grande, tan extraordinario, tan poderoso. No nos perdamos en conjeturas. Escuchemos á Jesucristo mismo hablando á su sierva Margarita Alcoque.

Hallábase la santa postrada ante Jesús sacramentado, un día de la Octava de la festividad por excelencia del Cuerpo de Cristo, cuando el Señor le dijo, descubriéndole su divino Corazón: “¿Ves este Corazón que ha amado tanto á los hombres, hasta el grado de no omitir esfuerzo ni sacrificio, de arder y derretirse para mostrarles su inmenso amor? No recibo en cambio de la mayor parte más que ingraticudes, en los desprecios, en las irreve-

rencias; en los sacrilegios, y en la frialdad que muestran hacia mí en este Sacramento de amor. Pero lo que más me aflige, es que me tratan tan mal corazones á mí consagrados. Te pido, por tanto, que el primer Viernes después de la Octava del Santísimo Sacramento, sea dedicado á una fiesta particular para honrar mi Corazón, y para reparar ese día, con la comunión, los indignos tratos que ha recibido mientras ha estado expuesto en los altares. Yo te prometo que mi Corazón se ensanchará, para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre aquellos que le tributen este honor, ó procuren que se le rinda.”¹

¡Cuán semejantes son estas palabras á aquellas proferidas siglos atrás por David, hablando en la persona de Cristo! “Si mi enemigo me hubiera colmado de improperios y maldiciones, si mi contrario me hubiese perseguido, afrentado, saturado de oprobios, menor habría sido mi pena, y habría llevado con resignación mis tormentos y amarguras. Pero ser el blanco de la perfidia de aquel que he llamado amigo, á quien he favorecido y ensalzado, que por largo tiempo se ha sentado á mi mesa, y gozado de mi confianza y cariño..... ¡oh! no hay dolor que á tal padecimiento se asemeje, ni consuelo que pueda mitigar tanta amargura. *Si inimicus maledixisset mihi, sustinuissem utique..... sed qui dulces mecum capiebat cibos!*”²

Hé aquí por qué cuando la Iglesia de Oriente cayó en el cisma, cuando el Mahometismo se apoderó de las tierras santificadas por el Redentor y destruyó las igle-

¹ Véanse las Memorias y Vida de la Santa.

² Ps. LIV, 15.

sias de Africa, cuando la Inglaterra y la Alemania defeccionaron, no prorrumpió el Señor en tan amargas quejas, como las que acabamos de escuchar. Favorecidas, sí, habían sido aquellas comarcas; grande y muy grande era su ingratitud; pero apenas guarda comparación con los dones y gracias derramadas á manos llenas sobre los que ahora maltratan al Señor; con la frialdad y la ingratitud, la inconstancia y la culpa de los que hoy reniegan de Dios y de su Cristo.

Ved, si no, á la nación que se jactaba de ser primogénita de la Iglesia, escogida por Dios para reconquistar su Sepulcro, para defender á su Vicario y llevar la luz del Evangelio á las regiones más remotas. Ved cómo se lanza en pos de los placeres y del crimen, cómo derriba templos y destruye altares, cómo se pone á la cabeza de la filosofía anti-cristiana, del ateísmo y de cuanto hay de malo en el mundo moderno. Vedla cómo con sus veleidades y mudanzas abandona al Pontífice en manos de sus enemigos y desampara en todas partes á los cristianos que fiaban en su protección.

Allí, más que en ninguna parte, era preciso que el Señor exhalase sus quejas; allí de preferencia tenía que encender el fuego extinguido; allí, antes que en el resto del mundo, era indispensable inflamar los corazones con el fuego del Suyo. Allí por tanto apareció el Señor á una hija de aquella nación, aunque ingrata, siempre querida; de allí cundió el fuego sacrosanto que hasta nosotros ha llegado y á que procuramos calentarnos.

Hay otra comarca favorecida por Dios como ninguna; á quien primero entregó su Omnipotencia el dominio del universo; á quien después confió el cetro espi-

ritual del mundo cristiano, agraciándola con la Sede del augusto Vicario de su Cristo; comarca regada con la sangre de infinitos mártires, sembrada de templos, salpicada, si así puedo expresarme, de altares. ¿Quién creyera que esta región tan privilegiada había de volverse sañuda y feroz contra la Cabeza de la Iglesia, y con ingratitud y estolidez sin nombre en los anales del mundo, esforzarse por sacudir el dulce yugo que formaba su gloria? Rudo ha sido el golpe, y no ha podido menos que sentirse en los más remotos confines del globo. ¡Ah! con razón se quejó Jesús, y quiso que con el culto á su amante Corazón se reparasen tantas injurias y tamaños ultrajes. Con razón inspiró á su Vicario el sublime pensamiento de consagrarle el orbe entero, como lo hizo no há mucho con aprobación y júbilo universal. Al orbe entero, en efecto, se extiende la apostasía, y el orbe entero es menester que la repare. Oid, oid lo que más de cerca os atañe.

Hubo un gran continente, ignorado al principio de los cristianos, pero destinado por Dios á producir grandes frutos de religión y de piedad. Apenas descubierto, abrazó con alacridad el Evangelio; apenas poblado se cubrió de santuarios y templos, de monasterios y piadosos institutos; apenas conquistado hizo germinar en su suelo flores de santidad. Las que antes eran comarcas incultas, ó habitadas por feroces pobladores, se convirtieron en breve en floridos verjeles de paz, de virtud, de religiosidad. El cristianismo se infiltró de tal suerte en colonos y aborígenes, que parecía una planta sólida y fecunda, que nada podría, no digo desarraigar, mas ni siquiera doblegar.

Pero llegó el tiempo de la lucha, ¿y qué se hizo ese vigor? ¿adónde fué esa lozanía? ¿cómo desaparecieron esas raíces tan hondas del árbol de la religión? Vosotros lo sabéis mejor que yo, y yo por mi parte puedo aseguraros que lo que veis en torno vuestro es uniforme en toda la América Latina, hasta sus remotos confines meridionales. Los pueblos tan agraciados por Dios han defecionado en masa, y es empresa difícil el hallar quien sea verdaderamente católico. Por todas partes timidez, vacilación, cobardía. Los intereses más mezquinos se anteponen á los de nuestra Religión sacrosanta, y no habléis á nadie de sacrificio. Casi lo único que queda de la religión que nos inspiraron nuestros padres, es el apego á algunas prácticas exteriores; pero si penetramos más adentro, decidme vosotros: ¿hallaremos que el fondo corresponde á la superficie?

¡Adoradores del Corazón de Jesús! Esto por sí solo os indica cuál debe ser vuestro estandarte, cuál el distintivo que os corresponde. Grande es el mérito de la oración, útiles en extremo las prácticas piadosas, y yo os las recomiendo con todo ahinco; pero no bastan en los tiempos que atravesamos. *Vine á arrojar fuego en la tierra, y ¿cuál es mi voluntad, sino que se encienda? Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendantur?*¹ Esto os dice nuestro adorable Redentor mostrándoos su pecho inflamado de amor; ¿y permaneceréis quietos y ociosos? Energía, valor, actividad: hé aquí vuestro lema.

El Protestantismo os ha arrebetado ya, ¡oh vergüenza! varios de vuestros templos; os está ganando muchas

¹ Luc. XII, 49.

almas, que hasta aquí han pertenecido al gremio de la Iglesia. No despreciéis al enemigo: no digáis que el Protestantismo es planta que no ha de germinar en países meridionales. Hace más estragos de los que creéis, y una sola alma arrebatada al cielo es acreedora á que hagamos mil esfuerzos por reconquistarla. Haced que ya no haya más tráfugas de nuestro campo. Instruid bien á vuestros hijos, á vuestros dependientes, á vuestros criados: ya no podemos contentarnos con ese catolicismo fácil y suave de otros tiempos mejores, en que bastaba dejarnos arrastrar por el torrente que caminaba al templo, en que el clamoreo de las campanas despertaba á los más ensordecidos. El ateísmo, la sensualidad, el indiferentismo, y otros enemigos más temibles cuanto más ocultos, os hacen continuamente la guerra. ¡Adoradores de Jesús! guardaos de entregaros á la inacción y al sueño.

Cuando tremendos castigos y amargos reveses empezaron á despertar de su letargo á la nación de que há poco os hablaba, se decretó erigir una gran Basílica al Corazón Sagrado de Jesús. Habló apenas la voz autorizada de los Prelados, cuando empezaron á acudir sin parar, el pobre con su óbolo, con su talento el rico, y sólo en los cimientos se han invertido sumas que bastarían para construir un templo. Se trató de elevar la enseñanza católica á la altura de las circunstancias, é inmediatamente la influencia, el trabajo y los tesoros de esos cristianos verdaderamente fieles, fundaron no una sino varias universidades, dotadas y establecidas sobre sólidas bases. No os cito sino un ejemplo entre muchos. Decidme, católicos mexicanos, ¿os sentís capaces de imitar-

lo? Si apelamos á vuestra generosidad y entereza, ¿hallaremos valor y desprendimiento, ó como otras veces, apatía y vacilación?

¡Adoradores de Jesús! A vosotros toca iniciar la éra de actividad y de energía cristiana, que quiere el Señor establecer en el mundo, y en especial en nuestra patria, para su regeneración y salud. Aunque seáis pequeñuelos, recordad lo que dijo el Señor á su sierva Margarita: “¿No sabes que me sirvo de preferencia de los más débiles para confundir á los fuertes, y sobre los pobres de espíritu hago con más brillo resplandecer mi omnipotencia para que nada atribuyan á sí mismos?”¹

Otro tanto os dice á vosotros, y todo lo podréis en el Corazón á que os habéis consagrado. Os he recordado que palpito por nuestro amor, cuando Jesucristo vino á la tierra en carne mortal. Os hice notar que palpita por vosotros en el cielo, resucitado y triunfante de la muerte. He dejado para este momento el advertiros que lo tenéis muy cerca, y no en efigie ni en imagen, no como vana sombra ni figura, sino real y verdadero, palpitante y haciendo circular la sangre divina, en el augustísimo Sacramento del Altar. Ahí late por vosotros, ahí arde en vuestro amor, ahí os invita á encenderos en su fuego. Ahí el Redentor os está continuamente repitiendo con el Rey Profeta: “Mi Corazón se ha inflamado dentro de Mí. *Concaluit cor meum intra me.*”

Acercaos, pues, á esa llama que nunca consume; y si el Crisóstomo os exhorta á retiraros como leones del Tabernáculo, cada vez que recibís la Sagrada Eucaristía, no llevéis á mal que yo os convide á salir de esa

¹ *Ubi supra.*

hoguera celeste, con la violencia y el furor sagrado con que las llamas, en alas del viento, abrasan los árboles, cunden por el bosque y devoran la floresta entera. Así cumpliréis el ardiente deseo de Aquel que vino á arrojar fuego á la tierra, y sólo quiere que se encienda; y Él os bendecirá, no lo dudéis, como yo á mi vez os bendigo.

